



❖ ANUNCIOS ❖



**POLVOS
IMPERIALES**

AL CISTUS ALBUM

preparados por el Dr. Pizá
y compuestos de pasta
de almendras

Se garantiza su perfecta
inocuidad, diafanidad y
transparencia. Su perfu-
me es finísimo.

PRECIO: 3 PESETAS CAJA

De venta en las princi-
pales perfumerías.

Curan la JAQUECA (migraña)



PILDORAS ANTINEURALGICAS

TEIXIDO

De venta: farmacia del autor, Manso, 60
Precio, 1'50 ptas.

y demás dolores nerviosos de la cabeza

LA COMPAÑIA COLONIAL

HA OBTENIDO

en la Exposición Universal de París

Medalla de ORO por sus CHOCOLATES, Medalla de ORO por sus CAFÉS, Medalla de ORO por su TAPIOCA

Depósito general en MADRID: CALLE MAYOR, números 18 y 20.

Sucursal en BARCELONA: AUSIAS-MARCH, núm. 1, bajos.

De venta en todos los COLMADOS y ULTRAMARINOS importantes.

LA SEMANA CÓMICA

REVISTA ILUSTRADA

Se publica los jueves y regala
con cada número una bonita lámina de
carácter artístico.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
VERTRALLANS, 3, principal

GRATIS á los aficionados
á la FOTOGRAFÍA



El GRAN CATÁLOGO ILUSTRADO de aparatos y útiles para la fotografía con 100 grabados intercalados al texto, se manda GRATIS y FRANCO DE PORTES á quien lo pida al director del

DEPÓSITO UNIVERSAL

de

APARATOS FOTOGRÁFICOS

FERNANDO VII, 34, ENT.º = BARCELONA

Pidan en todas partes
— EL —




BOCK LYONNAIS

DEPÓSITO
Diputación, 341,
BARCELONA

CERVEZA VELTEN

CASAS RECOMENDADAS

ARBESTINA. Sustancia para fabricar papel. Da brillantez á la superficie y el poder de absorción deseable.
De venta: Palau, núm. 4, tienda.

DOCTOR GRAÑEN, Ronda San Antonio, 3, 1.º
Especialidad en las enfermedades de los niños.

CHOCOLATE de Puerto Rico. De Victorio de Mayagüez.
De venta Rambla Canaletas, 2, La Tropical.

ICOR BARCELONA. Léidase en todos los cafés y tiendas de ultramarinos.

TIJERA DE ORO (sastrería, Platería, 48.

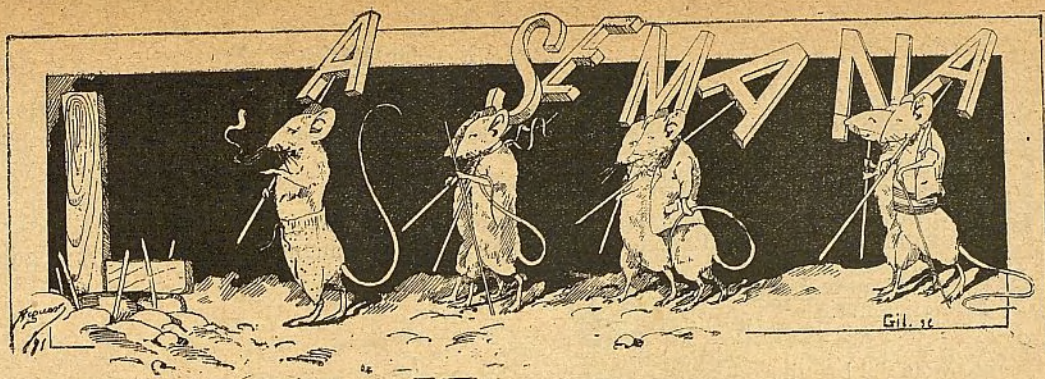
ORTEGA, IMPRESOR. Palau, n.º 4. Especialidad en trabajos comerciales. En caso de necesidad se entregan los trabajos á las 24 horas.

BAZAR CATALÁN, Carmen, 36.
Especialidad en géneros de punto y pañolería de seda.

PROSPECTOS Y ANUNCIOS ilustrados. Borrell, 136, 2.º, 2.ª

PELUQUERÍA DE LUIS XIV.—13, Rambla de las Flores, 13.—Salón para señoras.

ZAPATERÍA TORRENS Carmen, 65 Especialidad en calzado á la medida.



YEN dijo quien dijo que el mundo marcha y que todo progresa.

El anarquismo andaluz, que antes no tuvo más que una mano—la *Mano Negra*—tiene ahora dos, como cada bicho viviente, y ambas crispadas y amenazadoras, con las uñas largas y los dedos engarabitados.

Una de ellas ha disparado los petardos de Cadiz; la otra ha convertido en batalla de espinas lo que iba á ser batalla de flores.

Aun va á resultar que la tierra de María Santísima está dejada de la mano de Dios.

Porque si esos caballeros están á matar con toda clase de gobierno, con la organización de la propiedad y con el edificio social todo entero, ¿por qué no se van derechos á la cabeza, en vez de hacer víctimas de sus malas inclinaciones á dos señoritas gaditanas y á las simpáticas malagueñas?

Es lo que decía, con aire de inocencia, una de ellas, retirándose asustada antes de empezar la batalla de flores:

—Me parece que todas nosotras vamos á salir mal libradas.

Y ahora ya saben en Málaga que, al organizar nuevas fiestas de esa clase, deben hacer provisión, no de rosas, gardenias y claveles, sino de flores de azahar, flores cordiales y flores de malva.

Uno de los ramos encontrados en Cadiz después del tumulto, dicen que tenía dentro un martillo.

Era el perfecto ramo anarquista, que está pidiendo á voces otro ramo.

El ramo de Guerra.

*
**

Y á propósito. Este ramo se va á poner descolorido dentro de poco.

La infantería va á cambiar de uniforme—¡ya era hora!—dejando para siempre los colores chillones y adoptando el color de ceniza, el gris, el siena tostada ó el color de panza de burra.

Todavía no sabemos por cuál se decidirán los señores, pero ello es que en el Ministerio de la Guerra están, hoy por hoy, jugando á colores.

La gente murmura, pero nadie se cuida de cerrar las bocas maldicientes, porque cuantos más trajes se corten ahora, menos habrá que sacar á subasta cuando llegue la hora de hacerlo.

El nuevo uniforme, sobre ser de colores apagados, llevará una esclavina y no sabemos si capucha también y el cordón de San Francisco para la cintura.

De esta manera no se ofrece blanco al enemigo y nuestros soldados podrán llamarse «los invisibles», como ciertas horquillas que usan las señoras.

—Mira, chico —decía un teniente á otro—ya puedes tomarte medida del nuevo uniforme.

—Imposible.

—De veras?

—Sí señor, porque tiene que ser oscuro y mi sastre no querrá hacérmelo así.

—¿Qué cosas tienes!

—No son cosas; es que aun le debo la última guerrera reformada y en cuanto me coja por su cuenta—es decir, por la mía—en vez de ponerme de oscuro, me pondrá de veinte y cinco mil colores.

Los proyectos de Guerra obedecen en otras naciones á la sabida y preventiva fórmula de la paz armada:

Si vis pacem, para bellum.

Aquí se obedece como axioma militar el verso campoamorino:

Todo es según el color...

Y hemos elegido el color gris, presentando á las naciones asombradas un ejército de peones camineros y de guardas de campo.

—Ya me dirás qué vientos corren por el Ministerio—escribía á un auxiliar del Departamento de Guerra, un oficial de guarnición en provincias.

Y el preguntado contestaba á los pocos días:

—Por ahora corre un *gris* que nos va á arrugar los bolsillos.
 ¡Qué efecto producirá á las gentes sencillas la vista de los nuevos batallones sin olor, color ni sabor, como el agua destilada!
 —¿Quiénes son esos?—preguntarán.
 —Son soldados de infantería.
 —¡Ah! Dispense usted, creí que eran los mosqueteros grises.
 ¡Oh infantería española! El color de tu traje sería de mal augurio si se empeñase la guerra europea.
 ¿Sabes cómo te llamarían los demás ejércitos?
 La cenicienta.



*
* *

En vista del lisonjero éxito que alcanzaron las maniobras militares de Calaf, parece que se ha pensado en *calafatearnos* otra vez.

El teatro de las operaciones no será el mismo, pues á los llanos de Calaf sustituirán este año los llanos de Vich, que en el año venidero serán sustituidos acaso por el llano de la Boquería.

Esto en cuanto á las circunstancias de lugar; respecto á las circunstancias de tiempo, se sabe que las maniobras serán en Diciembre y Santas Pascuas.... de Natividad.

Despreciando el frío, habrá mucha gente que acuda al campo de maniobras para saborear el espectáculo y el salchichón de Vich.

La fiesta militar es recomendable, porque con seguridad ha de chuparse los dedos todo el que vaya.

Su utilidad para el soldado es patente, si consideramos que el ejército moscovita va á entrar en danza dentro de poco y se hace preciso que nuestras tropas conozcan, ya que no la táctica de los rusos, el frío á que están acostumbrados por allá.

Aunque no se sabe todavía en qué ha de consistir el simulacro-combate, facilmente se comprende que todas las operaciones irán dirigidas á apagar los fuegos del enemigo, con lo cual quedará éste inutilizado.

Porque si en pleno Diciembre le apagan á uno el fuego, lo baldan.

Si nieva ¡qué sorpresa para el ejército!

Ver la fusilería y los cañones convertidos en armas blancas.

No sabemos si el general en jefe caerá en la cuenta de que hay que añadir á las columnas enemigas, una, la más enemiga de todas.

La columna.... termométrica.

En previsión de lo que pueda ocurrir por causa de ella, deben llevarse al campamento camillas y más camillas.

No de las que usa la Sanidad Militar, sino de esas de tapete y brasero.

LUIS ROYO VILLANOVA.

Sonetos

I

Yo soy—y lo declaro sin rehozo—
 el más voluble de los hombres, tanto
 que llega en breve á producirme espanto
 lo que me daba gusto y alborozo.

Si de niño pugnaba por ser mozo,
 hoy la niñez recuerdo con encanto;
 lo que ayer me dió risa, hoy me da llanto;
 lo que ayer fué mi pena, hoy es mi gozo.

¡Mudar de parecer! Tal es la suerte
 á que la humanidad va sometida,
 sin que la causa á comprender acierte.
 ¡Mudamos de opinión tan sin medida
 que vivimos soñando con la muerte
 para morir soñando con la vida!

II

Coje el puñal y el alma me atraviesa
 con un furor extraño en su hermosura;
 coje el puñal si su mirada es dura
 y lo esgrime también cuando me besa.

A veces, mis sentidos embelesa,
 hablándome al oído con ternura;
 á veces, aumentando mi locura,
 me suele herir ó desdeñar traviesa.

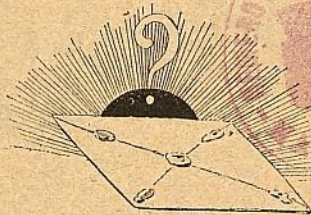
Soy fuerte alguna vez y su mirada
 sé resistir, pero resisto en vano,
 que hiere como flecha envenenada.

Y si á ser débil y á ceder me allano,
 pronto su mano breve y nacarada
 coje el puñal... ¡Qué lástima de mano!

RICARDO J. CATARINEU.

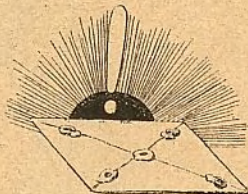


I.



Señor don Luis Maldonado.
Caballero: Desde ayer
nada tiene V. que ver
conmigo; hemos terminado.
Espero de su atención,
delicadeza y decoro,
me mande el anillo de oro
que le di en cierta ocasión,
las cartas que le haya escrito
(sé cuantas son, le prevengo,
y aquel retrato en que tengo
en brazos á Morronquito.
Si V. es persona decente,
complacerá á una señora.
Su segura servidora,
JOSEFA VILLAVICENTE.

II.



Pepita Villavicente
Mi siempre querida amiga:
Permíteme que te diga
que no me llamo Inocente.
¿Porque conmigo reñiste,
—que me tiene sin cuidado,—
me pides con desenfado
las cartas que me escribiste?
¡Pero esas son tonterías,
digan todos lo que quieran!
Las cartas ¿para quién eran?
¿Para mí? ¡Luego son mías!
Y aunque implores sin cesar,
de esta idea no me apartas.
Como son mías las cartas,
yo no te las quiero dar.
Me llamarás tuno, pillo....
y me quedo tan sereno.
Además, ¿esto es lo bueno!
no puedo darte el anillo.
Permíteme que lo sienta,
pero llegó la ocasión
de verme sin un botón
y lo empené en dos cincuenta.
Tampoco, Pepa, te mando
tu retrato, que es divino,
por conservar el Minino.
¡Parece que está mayando!
En fin, resumiendo, hija:
aunque al mismo Nuncio apeles,
yo no te doy ni papeles,
ni retrato, ni sortija;
y pues te vas á casar
con un hombre ya maduro,
¡que te los dé tu futuro!
(si es que te los puede dar.)
Y aquí doy por terminado
este debate. Te quiere
tu amigo que por tí muere
de inmenso amor:—Maldonado.

EMILIO DEL VAL.

Juan,—que es un hombre infeliz
que se apasiona muy pronto,—
de una hermosísima actriz,
ajena á todo deslíz,
se enamoró como un tonto.

Quiso vencer su pasión,
mas pronto varió de trazas
é hizo su declaración,
y ella por contestación
le mandó unas calabazas.

Desde entonces, tan cargante
sigue Juan, que ni un instante
de ir con ella deja Juan:
le ganarán á galán,
pero ¡demonio! á constante...

¿Se marcha á Estrella su bella?

Pues á Estrella marcha Juan.

¿Se marcha Estrella de Estrella?

Pues él toma el tren con ella

y juntos los dos se ván.

¿Que la frontera traspasa

y pasa el verano en Suiza?

Pues él en Suiza lo pasa,

y él establece su casa

en Niza, si ella va á Niza.

Y así sufriendo mil daños,

y penas y desengaños,

va siempre Juan de ella en pos;

¡y así marchan ya tres años

por esos mundos de Dios!

II.

Hace un mes le ví fatal,
¡muy fatal! en el Retiro,
y al preguntarle «¿Qué tal?»
me dijo «Chico, muy mal,
¡estoy para darme un tiro!

»Esa mujer nunca cede
ni se conduce de mí;

yo, chico... ¡lo que sucedel,
siempre dije: ¡Yaya, puede
que otra vez diga que sí!

»Mas fué todo una ilusión
que hizo mi pasión más grata.

He aguardado con pasión...

¡y antes se ablanda un peñón
que el corazón de esa ingrata!

»Y al principio algo gocé
pues decía:—Usted es buen chico,
mas no puedo amar á usted.

Ahora siempre que me vé,
grita:—Juan ¡me ratifico!

»Esta es hoy la situación
en que tan ciega pasión,
amigo, me ha colocado;
¡ya ves si tengo razón
para estar desesperado!

Ante tan grande dolor
lloré entonces, si señor,
lo confieso con franqueza.
Ahora, juzga mi extrañeza
por este parte, lector:

«París 10: J. M. A.

Estrella cédido ya...

ya me comprendes ¡qué diablo!

He sido el primero que ha...

Mira, suprimo el vocablo.»

«Ella salió ayer mañana,

por casualidad vi viaje,

me esquivaba, empresa vana,

yo estaba oculto ventana

escondido entre ramaje.

»Bajé, seguí lejos pista,

y sitio que pobación

ya larga distancia dista,

me presenté yo su vista

implorando compasión,

»Pinté con vivos colores

é impaciente brevedad

triste historia mis amores,

y terminar fueron flores

testigos felicidad.

»Trinos cesó ruiñeñor;

ella escondiendo rubor

dibujó labio sonrisa,

y murmuradora brisa

llevó un ósculo de amor.

»Sintiendo mi amor desboca,

dejé otro beso en sus labios,

y ella delirante, loca,

en vez de mostrarme agravios

me volvió á ofrecer su boca.

»Pasión ciego desaté,

en mis brazos la estreché,

sentí un vértigo, un mareo,

y.... Oye, ¡ya te contaré

lo demás por el correo!»

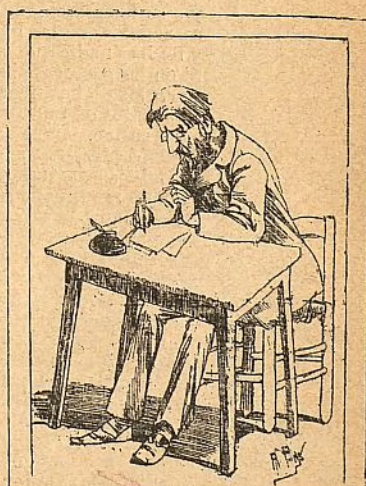
J. MIGUEL ALMODOBAR.

DE LO VIVO À LO PINTADO, por Pons



EMILIO DEL VAL.

El poeta que nos pintan.



El poeta que vemos.



¡Laura!

Es Laura una momentánea de hermosas y rubias trenzas, con labios como amapolas y con dientes como perlas. Tiene nacar en la frente y arcos de luz en las cejas, y hay en sus ojos fulgores tan deslumbrantes que ciegan. Nido de amor es su boca provocativa y pequeña, y en su albo seno desnudo la nieve y carmín se mezclan.

Aunque hoy irradian brillantes sobre su rubia cabeza y ciña su cuerpo esbulto con terciopelos y sedas y luzes soberbios trenes y lujosas carretelas, antes su cuerpo adorable cubrió con humildes telas, y sus cabellos rizados adornó con rosas frescas.

Su infancia se deslizó, con su madre, en la plazuela, y una misera bohordilla tuvo por sola vivienda.

Creció con las privaciones, y crióse, á la miseria y á la honradez teniendo por únicas compañeras.

Un rico, á quien cautivaron su candor y su belleza, con halagos asediola, la deslumbró con ofertas, logrando vencer, al cabo, de su tenaz resistencia.

Desde entonces, nadó Laura en el fausto y la grandeza; tuvo criados, brillantes, ricas blondas, carretelas: y por su altiva hermosura y su airosa gentileza, fué el ídolo de los hombres y la envidia de las bellas.

Ella preside en orgías como del vicio la reina, con la cabeza ceñida por luminosa diadema, y empuñando entre sus manos del matiz de la azucena, la copa de cristal puro y brillante de Bohemia, donde el dorado Champagne hierve claro y centellea.

Entonces de su garganta ayes se exhalan y quejas y á su boca asoman trinos mezclados con las blasfemias, y no hay nadie que la iguale ni en las posturas obscenas ni en los dichos ingeniosos salpicados de impurezas.

Su rostro, por lo encendido, ascua de fuego semeja, sus labios se agitan trémulos, sus ojos relampaguean y no sé qué de satánico tiene su impura belleza.

En una noche de orgía la encontré por vez primera; sentí amor por su hermosura y compasión por su pena.

—¿Qué tienes, Laura? la dije, besando las rubias trenzas que ocultaban sus espaldas hermosas de estatua griega. Y ella fijando en mi rostro su azul pupila serena, contestóme acongojada: —¿Qué es lo que tengo? ¡Tristeza!

F. BAGET.

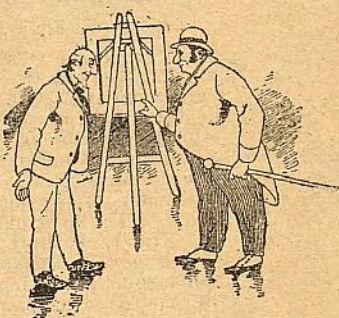
TRANSFORMACIÓN, por Camonche



1.— ¡Bonito cuadro! Y, sobre todo, ¡bonita figura de bailarina!



2.— Entremos.



3.— ¿Y dice Vd. que es original?... —De Perez, del renombrado pintor Perez.



4.— Sí; de Perez parece. ¿Y cuánto? —Tres mil pesetas.



5.— Carillo me parece, pero en fin...



6.— Esta es mi tarjeta. Y llévala cuidado, no se te vaya á estru por esas calles.

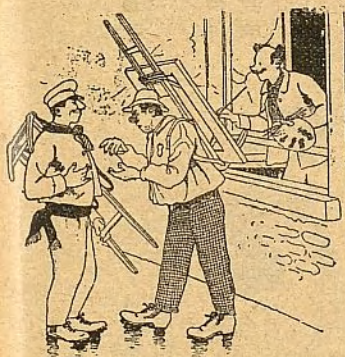
TRANSFORMACIÓN, por Camonche



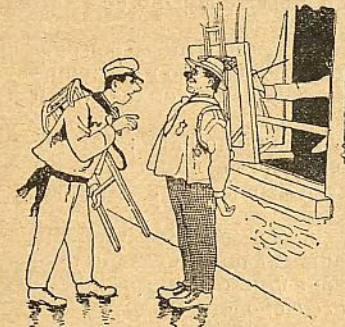
7.— Pero aconteció que en una de las del tránsito vivía Gomez, pintor también y competidor acérrimo de Perez;



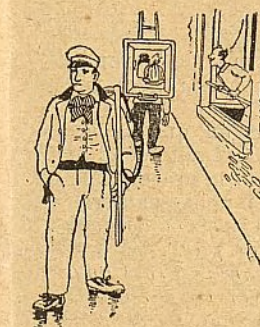
8.— quien, al ver el cuadro de su rival tan al alcance de su mano, tiene una idea,



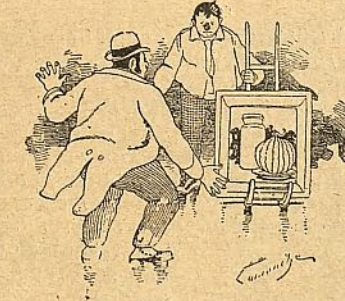
9.— y cogiendo el pincel ¡aquel pincel cuyo mérito Perez se obstinaba en desconocer!...



10.— cambia en un periquete el asunto del cuadro,



11.— que llevado á casa de su poseedor



12.— proporciona á éste la estupefacción y el asombro consiguientes.

La Petra

Es la misma de aquel día que tendió hacia mí su mano, pidiéndome una limosna cuando yo iba sin un cuarto. La misma á quien tanto afecto dediqué tiempo no escaso, porque era, la pobrecilla, tan sólo un montón de harapos. La misma que, cariñosa, me llamaba parroquiano, desde una vez que la di cinco céntimos, por largo. La misma... ¿Quién no se acuerda de Petrilla?

Son el diablo las mujeres. Esta chica, por ejemplo, era hace un año cualquier cosa, un arrapiezo, una muñeca, un guñapo, una piedra del arroyo de la cual nadie echa mano por no bajarse á cojerla y embadurnarse en el fango. ¿Pero hoy? Hoy ni sombra suya parece, de ese año al cabo, la Petrilla, aquella pobre de quien yo fui parroquiano. ¡Qué demonio de muchacha, lo que ha cambiado en un año! ¿Dónde estuvo? ¿Quién lo sabe! ¿Qué fué de ella? ¡A qué pensarlo! Ello es que la que tapaba —¡mal tapaba!— con andrajos su cuerpo—¡aquel cuerpecito desgarrado, informe y flaco!— ahora luce por las calles, hermosos trajes de raso: ¡Qué demonio de muchacha, lo que ha cambiado en un año! Aun recuerdo enternecido aquel día del helado cruel invierno en que la pobre llevaba los pies descalzos y al aire la cabecita de hirsutos cabellos lácios. ¿Pero hoy? Hoy ufana ostenta de irreprochable peinado los primores que en él hizo pagada artística mano. Hoy en botas de oro y seda van sus pies aprisionados. ¡Qué demonio de muchacha, lo que ha cambiado en un año! ¿Que si es guapa? ¡Ya quisieran ser tan guapas más de cuatro! ¿Y amable? Seguirá siendo tan amable como antaño, y tan lista y tan risueña, tan alegre como cuando pidiéndome una limosna tendía hacia mí su mano. Picarilla, en su inocencia; nundana, en sus pocos años; perspicaz, en su ignorancia; pizpireta, en su recato, fué Petrilla la mendiga que tuvo más parroquianos. ¿Será suerte? ¿Quién lo sabe! ¿Otra cosa? ¡A qué pensarlo! Ello es que la que antes era Petrilla, aquel gusarapo, aquel arrapiezo, aquel montón inundo de harapos, es hoy La Petra, la hembra que vive con más regalo, la que más gasta y más triunfa, la que viaja y da saraos, la que arrastra coche y tiene sedas, joyas y palacios... ¿Que á mí qué me importa? Nada absolutamente, ¡es claro! pero... ¿verdad que es muchísimo lo que ha cambiado en un año?...

DANIEL BLANCO.



MISTER NUM!

Al darme cuenta de mi existencia, me encontré adulto, encadenado y formando parte de una colección de fieras, la cual recorría el mundo bajo la dirección del célebre domador Crostón.

Así como bautizó al león con el nombre de *Sultán*, al tigre con el de *Real*, al oso con el de *Malakof*, y de semejante manera á mis compañeros de cautiverio, Crostón me puso el nombre de MISTER NUMI.

Si hay persona en el mundo á la cual deba yo estar reconocida, esta es el señor Crostón. El fué mi maestro, y, en honor á la verdad, todo lo debo á este incomparable hombre. el cual puso todos los medios para elevarme á la categoría de hombre.

La gimnasia—cosa facilísima para mí—la aprendí enseguida; la esgrima la emprendí con gran contento; fastidié bastante á mi maestro, que era un perfecto tirador.

Enseñóme también á fumar en pipa, lo cual me gustaba en extremo. Por último, como un colmo de mi inteligencia, me enseñó á escribir. ¡Oh qué alegría la mía! Esto me aproximaba á la especie *hombre*.

Después de grandes esfuerzos, conseguimos nuestro propósito; tanto es así, que en este momento escribo mis memorias íntimas, no sólo con la mano derecha, sino con las cuatro manos.

Lo que no puedo comprender es por qué no hablo; por qué voces guturales y estridentes se escapan de mi laringe. En cambio el gesto y mi inteligencia grandísima suplen perfectamente á la palabra.

En la *colección* me tenía como primer actor, y los inteligentes venían generalmente sólo por admirar mis juegos gimnásticos, mi gallardía en la esgrima, y por último, la sorprendente novedad—según decían—del *hombre-mono-escriptor*.

A fuerza de dar vueltas al mundo, entendía casi todos los idiomas.

Sabía en todas las lenguas el discurso con que el portero animaba al público.



Después de recorrer toda Europa, pasamos á Nueva-York, ciudad incomparable en belleza, curiosidades y excentricidades.

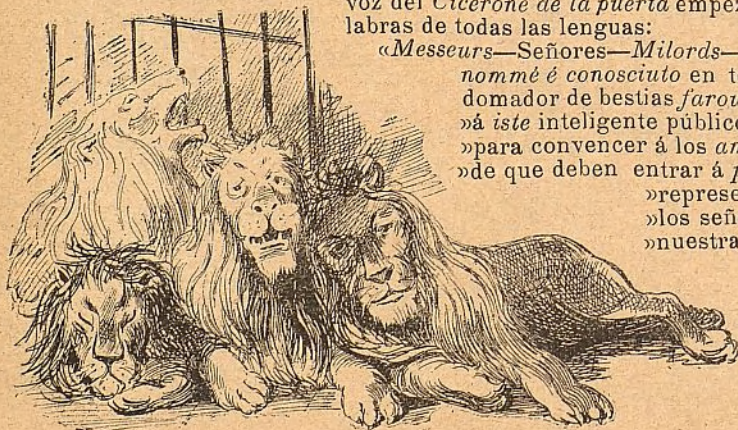
El *reclamo* en América no tiene igual en ningún país del mundo. La llegada de la *Colección Crostón* despertó tal curiosidad, que la primera sesión fué un lleno.

La segunda representación en Nueva-York fué para mí de feliz memoria, por lo que contaré después.

Filosofaba junto á mis compañeros de cautiverio, cuando la ronca voz del *Cicerone* de la puerta empezó su arenga, como siempre, con palabras de todas las lenguas:

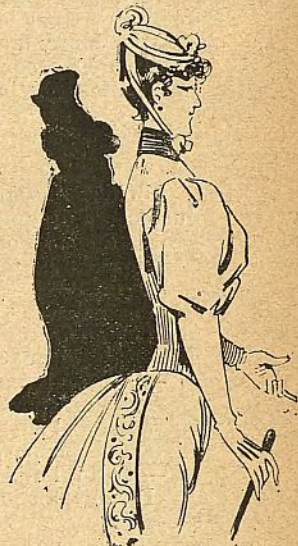
«*Messieurs—Señores—Milords—Signori*: La *colección* que *le renommé é* conosciuto en todo el mundo, Sir Crostón, célebre domador de bestias *farouces*, que ha *l'honneur di* presentarse á *iste* inteligente público, *non ha besoin di* muchas palabras para convencer á los *amateurs* de las Galerías *zoologiques* de que deben entrar á *prendre* las primeras *places* para la representación que va *incominciare*. Come los señores pueden observar *dei carteloni*, nuestra *colección* se compone de rarezas *may vistas*.

«*Les professeurs di tutti* las academias de Europa han dedicado las mayores alabanzas á



»nuestra estupenda colección zoológica. Gran *varieté* de animales *feroci*, come il *leoni* de la »selva, *leopardi* verde de las cavernas del Océano, tigres de Baviera, Osos grises, blancos y »demás colores, elefantes, panteras, chacales, serpientes boas y de cascabel; la terrible loba »marina que no se encuentra que en las costas de l' *Afrique* en que no penetra que los rayos »di *solei*, su cabeza de ternera, su pelo de terciopelo, su cola de quince metros, su pequeña »educación tan solo le permite desir que «le *pape*», «le *mame*» é «le *Sár-* »*dine*». Tenemos además, la gran novedad terrestre, la única que recorre »las capitales del *mondo*, *voglio diré*, l' *hombre di Darwin*, ó sea el hom- »bre-mono llamado *Mister Numi*. Este, si no es verdaderamente un hom- »bre, le falta poco. No habla, pero conoce la mayor parte de las lenguas »vivas. *Tutta* persona del público podrá, *misurarsi* con *lui* á la esgrima, y »le verá escribir una carta en la clase de letra que más le guste. Todos »pueden preguntarle, é si non *risponderá* hará gestos tan elocuentes como »la palabra más correcta. *¡Alí signori! Primieramente* habrá la nomen- »clatura é *presentazione* de le bestias; *secondariamente* la entrada dil do- »matore *Signor Crostón in la gaula dei leone*; *tirsero*, Qomida á las fieras; »cuarto é último, *conferenza* con il *hombre-mono*.

»*¡Alí signoris! darsi prisa in tomar i primi puesti..... ¡Musique!*



*
* *

Los curiosos entraban siempre. Crostón se frotaba las manos viendo como se llenaba la caseta.

En tanto el león dormía saturado de narcótico; el papagayo chillaba haciendo perder la paciencia al oso, el cual se paseaba dentro de su jaula con la misma gravedad que un centinela en invierno; el tigre, el leopardo y la yena se incorporaban de cuando en cuando abriendo sus enormes fauces, estirando sus respectivos músculos y esperando con sublime indiferencia al público que entraba rumorosamente.

*
* *

Vamos al episodio más saliente de mi vida. Después de la representación de los animales de todo el *Serrallo*, siguió la entrada del domador Crostón en la jaula del león con los correspondientes ejercicios; la comida á las bestias y, por último, la curiosidad digna de admirarse, yo, *Mister Numi*, el *hombre-mono*.

Dejé mi pipa y empecé los ejercicios gimnásticos. Después escribí diversos billetes de la clase que me los pedían, y, últimamente había de sostener un asalto á florete con el espectador que quisiera medirse conmigo; mas ninguno se presentó creyendo fuese una argucia charlatanesca ó broma de mal género.

Un aplauso á mi pobre individuo sonó como final al espectáculo. El público fué abandonando el local.

Dos personas quedaron hablando con el señor Crostón. Un hombre alto, anguloso, seco, y una señorita muy joven de extraordinaria hermosura. Preparé la oreja y observé que hablaban de mí.

—Eso es imposible—decía Crostón:—sería barrenar mi *Serrallo*.

—Sin embargo—objetaba el hombre seco—mi hija lo quiere. Estoy dispuesto á dar cuanto me pidais.

—Señor, observad que *Mister Numi* no tiene precio....

—Lo quiero—dijo lacónicamente la señorita.

—Entonces—acabó el domador—hagan el favor de pasar á mi despacho y cerraremos el trato.

*
* *

Todo lo comprendí. La señorita estaba encaprichada de mí, pobre y miserable cuadrumano.

Un no sé qué de orgullo, de vanidad me invade. ¡Cuán grande me sentía en aquel momento! Ya me creía convertido en hombre, vestido de frac y chistera y llevando del brazo á aquel angelito.

Mas la dura realidad estaba muy próxima.

La cadena que me sujetaba era más que suficiente para persuadirme de que soñaba un imposible. Tal vez... Veremos.

*
* *



La luz del barracón se apagó, y el *Serrallo* volvió á su relativo silencio; de cuando en cuando algún ronquido del león y demás compañeros.

Aquella noche no dormí. La figurita de la bella americana se me apareció con un no sé qué sobrenatural.

*
*
*

Mis ensueños se han realizado.

Estoy instalado en un magnífico palacio con lindo jardín, propiedad del banquero Sir W. Foch, mi nuevo amo.

No más cadenas; basta de jaula... ¡libre... libre!

Un elegante traje cubre mi peluda persona, sin poder ocultar la cola.

La única ocupación que tenía en casa de Foch consistía en servir á la mesa á mi nuevo dueño, y en dar lección de esgrima á Miss Jenny. ¡Excentricidad americana!

Miss Jenny me trataba, no como á una bestia cualquiera, como á un amigo de la casa.

Llegué á creer que estaba enamorada de mí, y esta idea aumentó de día en día al considerar que las caricias que me prodigaba..... no suelen hacerse á las bestias.

*
*
*

Un hermoso día... digo, no; un día fatal, después de un asalto muy empeñado al florete, que duró cerca de quince minutos, *mi discípula* llegó á tocarme, precisamente en el punto del pento llamado corazón.

Lanza un grito de gozo, tira el arma y corre á abrazarme.

No recuerdo qué fué de mí; perdí la razón y encontréme en un estado nuevo..... Mas desgraciadamente una voz potente, un grito me hizo recobrar los sentidos. Era el banquero Foch que desde la puerta con un revólver en la mano me gritaba:

—¡Mister Numi!... ¡Bestia infame! ¡Huye ó te mato!

Al propio tiempo sonaba una detonación. Salí ileso. Abracé á mi discípula, que yacía desmayada en el suelo, hice un gesto de suprema amenaza á mi amo y me precipité al jardín. Oí el segundo disparo. Me había salvado y corría murmurando:

—Hé aquí al Angel arrojado del Paraíso..... Pero como Satán ¡me vengaré!...

¿Razonaba como un hombre? ¡No lo sé! Seguramente que mi venganza bestial no se hará esperar.

Aquí acaba la Memoria del *hombre-mono*.

*
*
*

Mister Numi mantuvo su palabra y llevó á efecto su terrible amenaza. Leyendo hace pocos días el *New-York Herald*, encontré la siguiente noticia:

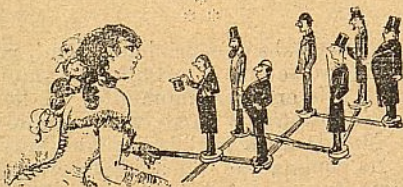
«GRAVÍSIMO INCENDIO.—Anoche, no se sabe á qué causa atribuir el accidente, el elegante palacio del opulento banquero Sir W. Foch fué presa de las llamas. El voraz elemento redujo todo, á pavesas excepto el muro seco y descarnado. El banquero, su hija y la servidumbre han perecido carbonizados. El único que pudo escapar de tan horrible hecatombe ha sido el *hombre-mono*, Mister Numi, que vivía en la casa como de la familia, desempeñando el papel de ayuda de cámara y maestro de esgrima de la joven Jenny.

«¡Cosa extraña! Mister Numi fué encontrado ahorcado en un árbol en el fondo del jardín.

«Tal vez se trate de un crimen más que misterioso.

«La justicia instruye el correspondiente proceso.»

MELITÓN GONZÁLEZ





(Conclusión).

—¿Quieres callarte, mocosa? Phsissss...

Aquí redobló el llanto de la pobre huérfana, de tal manera, que Pleguezuelo no tuvo más remedio que detenerse.

—¿Y para eso te dejó aquí tu... condenada madre, para escandalizar de ese modo?

La chica entonces alzó la cabeza, separó del rostro las palmas de sus manos y miró á Pleguezuelo sin rencores, de hito en hito, con infantil desbarazo.

Aquel mirar luminoso y dulce le llegó hasta el alma. Sintió que sus brutalidades de hombre se resolvían en una ternura exquisita, en una piedad inmensa, y fijándose más y más en el rostro angelical de la chiquilla, encontró en sus facciones de una delicadeza estatuaría, rasgos de su difunta esposa...

Enternecido hasta la médula de los huesos, dejó brotar por todos los poros de su cuerpo aquel grande amor tantos años contenido; alzó del suelo á su nieta y besándola ruidosamente, buscó en aquel minuto de expansión el olvido de sus infinitos dolores y sus crudísimas congojas.

Después, salió precipitadamente en busca de su hija que, sentada en la escalera, lloraba en silencio el desamor paterno. Desde entonces comenzó para aquellos tres seres una vida dulcísima. El abuelo se afeitó de nuevo y volvió á contratarse, ganando lo preciso para que su nieta Laura no careciese de nada.

Así se pasaron muchos años; la huérfana seguía espigándose, un poco endeble, es cierto, mas hermosa como un cielo de primavera é inteligente como pocas. De tarde en tarde hacía sus papeles en el teatro, y la miseria que ganaba iba á juntarse á los ahorros del abuelo y á lo que la madre apandaba por otro lado cosiendo ropa blanca.

Por último, cuando ya la niña contaba 13 años, llegó la hora de la desgracia. Pleguezuelo enfermó gravemente, empezando entonces para aquella familia las tribulaciones de la miseria. Más tarde, aunque restablecido del todo, no halló, no, las energías y los entusiasmos juveniles; fatigábase mucho, tosía á menudo y su voz se velaba por completo en los pasajes de mucha fuerza. En ningún teatro le querían, riéndosele á carcajadas cuando él prometía con gravedad pasmosa, hacer un Yorik inmejorable, ó un don Jaime sin ejemplo. Esto le apesadumbró muchísimo. Volvió á dejarse la barba, que esta vez salió quizás con más fuerza que antaño, y se refugió en el tranquilo amor de su familia.

Vino la miseria y con ella las privaciones más crueles. Tuvieron que dejar aquel alegre piso de la calle Ancha de San Bernardo y trasladarse á una bohardilla fementida muy cerca del Rastro. Allí cogió Laura la enfermedad que la minaba lentamente. La falta de aire y de luz retardaron lastimosamente su transformación en mujer, y cuando ésta vino fué para hacerse con tanto trabajo, que me le robó la vida, aquella vida que era ¡ay! también la del dulce Pleguezuelo.

* *

Cuando éste sintió que la moribunda le llamaba, quiso huir lanzándose escaleras abajo, pero una mirada suplicante de la madre le retuvo en su sitio. Buscó energías en su inmenso dolor, y enjugando vigorosamente sus lágrimas con las palmas de las manos, se acercó al lecho mortuario. La niña le reconoció en seguida, hízolo sentar en el borde y concentró sus temores en esta sola frase:

—Dime, abuelo: ¿voy á morir?

¡Dios, morir se ella! Y él, misero, que había oído perfectamente el fallo terrible, tuvo que hacer un poderoso esfuerzo sobre su propia convicción para convencer á su nieta. La niña seguía dudando.

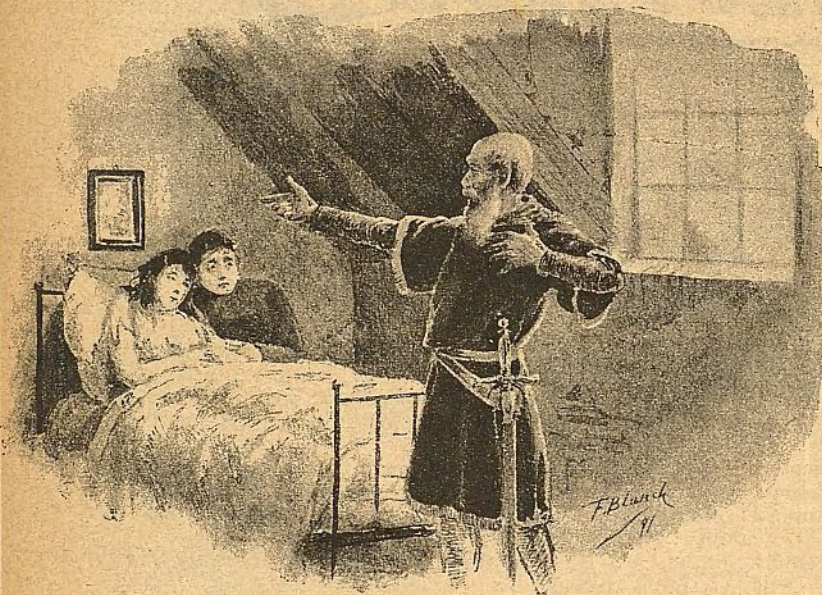
—Mas entonces ¿por qué lloras?

Y como él lo negase en redondo, ella le hizo inclinar la cabeza, y mojando las puntas de sus dedos en las lágrimas que se le habían quedado entre las cerdas de la barba, le dijo enseñándole el cuerpo del delito:

—Tú me engañas también; tú has llorado.

Si, era verdad; mas él, como la madre, había vertido lágrimas de alegría al saber que estaba salvada. A pesar de que él ponía cuidadoso empeño en revestir sus frases de la mayor naturalidad posible, su voz resultaba algo trémula, vendiéndole también el relampagueo extraordinario de sus pupilas.

La contrata ya estaba firmada. A mediados del próximo Abril todos irían á Valencia, en cuyo teatro Principal comenzarían sus trabajos.



La moribunda, con los ojos cerrados, se había ido adormeciendo poco á poco, arrullada por la perspectiva de aquel mañana venturoso. Cuando su abuelo echó la última de sus piadosas mentiras, ella le preguntó aletargada y como para acabar de cerciorarse:

—Bueno, bueno, y ¿con qué obra te vas á estrenar...?

¿Con qué obra, con qué obra...? Aún no lo tenía resuelto. Mas á su elección lo dejaba; la que ella quisiera.

—Entonces, mira, abuelito: *En el seno de la muerte*.

Pleguezuelo se revolvió sobre sí mismo, como si le hubiese picado alguna víbora.

¡*En el seno de la muerte!* Ay, sí; en el seno de

aquella deidad funesta, entre cuyas garras no tardaría ella en caer con toda su juventud y sus encantos.

A medida que la esperanza entraba en ella, iba sintiendo un gran consuelo. Ya la tos no la atormentaba con tanta frecuencia, notando que su respiración era más fácil. Entonces creyó de veras en su engañosa mejoría. Púsose alegre y quiso oír de labios del abuelo aquellos inspirados versos, los primeros que le oyó cuando se despertaba su razón á los esplendores de la vida y... los últimos que tal vez iba á oírle. Tuvo además otra peregrina idea; verle representar el papel de don Jaime en traje de la época. Eso le serviría de ensayo. Pleguezuelo no tuvo más remedio que acceder á su pretensión extraña. Cambióse de traje y con la cota de malla, las botas y las espuelas, se acercó al lecho de su nieta esperando sus órdenes. Daba lástima verle. Su figura, hermosada por aquellos atavíos legendarios, parecía más noble y más esbelta, contrastando poderosamente los arrequives del traje con el abatimiento del rostro y la languidez de toda su persona.

La niña medio se incorporó en la cama y á una pregunta que él le hizo, respondió volublemente:

—Por donde tú quieras... No, no; aguarda. Dime la escena cuarta del acto segundo, ¿tú sabes? Aquella en que tanto te aplaudían: cuando don Jaime vuelve de la guerra y abraza á Beatriz que se desmaya...

«Mas no tardes, vida mía,
que helada estás por acaso
como una escultura fría,
y este fuego en que me abraso
á un mármol animaría.»

—
«Si vives, vive, mujer: (Con ansiedad)
si has muerto, no tardes, no,
en hacérmelo entender,

que tú muerta y vivo yo
¡ya ves que no puede ser!

—
(Laura comienza á desmayarse.)

¡Alma, si del cuerpo inerte
rompiste ya la clausura,
dimelo, que yo iré á verte
y á contemplar tu hermosura
en el seno de la muerte!»

¡Ay! cada verso tomaba en sus labios una entonación extraña; algo así como el de una súplica muy triste. Cuando acabó, vió con dolor que la moribunda se había desmayado, después de haber seguido ansiosa la suave cadencia de aquella poesía incomparable.

—¡Laura, Laura...!

Y un algo misterioso clamaba en su interior:

«¡Dímelo, que yo iré á verte
y á contemplar tu hermosura
en el seno de la muerte!»

—¡Laura, mi niña, mi angel, vuelve, vuelve, no te vayas!

Y á sus lamentos é imprecaciones se mezclaba el dolor profundo de la madre.

Por fin la niña volvió en sí. De nuevo la atormentadora idea de la muerte volvió á martirizarla. Entonces, como si se diese cuenta de la impotencia humana para arrancarla á aquel mal que la vencía, puso sus ojos en el cielo. Su mirada resbaló apagada y seca por las paredes del cuarto. Frente al lecho se destacaba sobre el fondo gris-súcio una imagen de San Antonio puesto de rodillas ante el ara, de la cual descendía majestuosamente el niño Jesús, sostenido en el aire por una espesa nube. Sonreíase la criatura extendiendo sus dos manecitas, mientras el Santo, anonadado por la bondad divina, amorraba la cabeza aguardando percido de gozo la celestial caricia. La moribunda pidió la estampa. Pleguezuelo corrió á dársela, mas no alcanzaba y hubo de desenvainar la espada y meter la punta por la argollita del marco. Cuando tuvo la imagen entre sus dedos, aquello fué un verdadero trasporte de fervor religioso. Oraba donosamente, pedíale al Santo con mucho anhelo que le devolviese la salud perdida, y besábalo, como si con sus besos quisiera llevarse del cuadro algo de la gentileza del niño y del aspecto varonil del Santo.

Pleguezuelo y su hija observaban conmovidos tan singular escena.

—Sí; —continuaba diciendo la virgen— sí: tú me salvarás, y yo te viviré tan agradecida que te prometo hacerte un altar en mi casa y tener encendida constantemente una lámpara de aceite.

La idea de la lámpara la sedujo mucho.

—Una lámpara, eternamente; sí, eternamente.

Y sintiéndose mejor otra vez, atribuyó á milagro del Santo lo que sólo eran los últimos esplendores de un sol que va á apagarse.

—¿Véis? —decía regocijadamente— ¡milagro, milagro! ya estoy mejor.

Una fantasía de niño mimado resbaló por su cabeza. Quiso á todo trance encender la prometida lámpara. Aquello acabaría de conmover al Santo.

—Traed aceite—gemía delirando—para hacerla yo misma, para encenderla yo misma. ¿Quieres, abuelo?

La madre trató de calmarla, diciéndole que en la casa no había ni una sola gota. ¡No había, no había...! Pues entonces, ¿por qué no comprarlo?

—Vete, abuelo, vete á la tienda y sube enseguida.

Pleguezuelo miró á su hija con desesperación: en su casa no había ni un solo ochavo. El último se fué en el calmante prescrito por el médico.

Mas poniendo también como la moribunda todas sus esperanzas en el comenzado milagro, púsose á cavilar de qué haría él algunos céntimos...

Entonces se miró, vió sobre sus hombros aquella ropa flamante, de una riqueza un poco deslucida, é imaginó empeñarla, venderla, para satisfacer el último capricho de su nieta. Miró á su hija y se lanzó precipitadamente en el hueco de la escalera.

Al cabo de veinte minutos, volvió á aparecer llevando el aceite. En sus hombros faltaba la cota de malla.

—Aquí está: aquí está—gritaba con regocijo.

Mas al acercarse á la cama, vió algo que le dejó sin aliento. El cuerpecito de la niña se destacaba del fondo oscuro con la inmovilidad de la muerte. No quiso creerlo, y para cerciorarse avanzó hasta colocarse junto al lecho en el que descansaban juntos el cuerpo sin sentido de la madre y el inanimado de la hija. Aún la tocó, abriendo sus ojos y auscultando el corazón, para sorprender en aquellas profundidades todavía calientes un soplo de vida...

No hablaba una palabra, siendo su lividez comparable á la del cadáver.

Cuando se aflojó un poco el apretado nudo de su garganta, no dijo más que estas palabras de un dolor infinito:

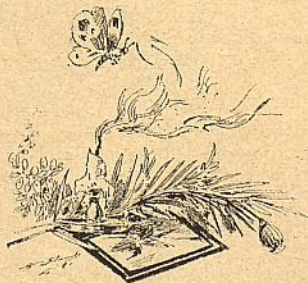
—¡Mi Laura muerta!

Permaneció un momento silencioso. Después, y como poseído de un furor súbito, de una rabia momentánea, de un afán de destrucción verdaderamente temible, arrancó de la cabecera el cuadro del taumaturgo, y mirándole con ojos extraviados, vomitó esta frase de un irri-tado desprecio:

—¡Ah, granuja, no quisiste el aceite de mi niña? ¡pues ahora toma!...

Y arrojando la imagen contra el suelo, hízola trizas de una furibunda patada.

ABELARDO MORALES FERRER.



Justicias humanas

I
Del *Mentidero de ilustres*
en las concurridas gradas,
cierta tarde dos hidalgos
de este modo dialogaban:
—¿Es cierto el lance que cuentan?
—Ciertísimo, por desgracia.
—¿Con que, doña Inés...?—Ha muerto;
¡la justicia esta mañana
la encontró junto á su lecho
clavada al pecho una daga!
—¿Y es cierto que fué su esposo
quién la mató?—Cosa es llana;
¿cómo dudarle, si él mismo
dicen que así lo declara?
—Extraño es, por Dios, el caso.
—En verdad que es cosa extraña,
que era doña Inés espejo
de nobles y honestas damas.
—Pero si á honrado y á hidalgo
ninguno á don Diego gana,
¿quién duda que fué justicia?...
Y á esto el coloquio llegaba
cuando terciando un anciano,
murmuró con voz pausada:
—¡Justicia que vierte sangre,
más que justicia es venganza!

II
—¿Persistís, Sr. D. Diego,
en la confesión prestada?
—Yo fui quien la dió la muerte,

lo dije una vez y basta.
—¿Sabeis que arriesgais la vida?
—La tengo como una carga.
—Don Diego, una confesión
tan sólo puede salvarla.
—Si por dar vida á mi honor
dí muerte á quien tanto amaba,
¿cómo por salvar la mía
he de dar muerte á mi fama?
—Ved que la ley los condena.
—Pues cumplida, y vaya en gracia,
que á mí me basta saber
que el que por crimen me achacan,
fué más que crimen justicia.
—Vuestra opinión es errada;
¡justicia que vierte sangre,
más que justicia es venganza!

Y cuando el juez aquel día
una sentencia firmaba,
con ojos de espanto llenos,
y llenos también de lágrimas,
mesándose los cabellos,
—Es cierto, es cierto, exclamaba:
¡justicia que vierte sangre,
más que justicia es venganza!

III
—Hoy su merced el verdugo
ha ganado su soldada.
—¿Hubo danzante en la cuerda?
¿hubo aprieto en la garganta?

—Estése el cañamo quedo,
que fué la persona hidalgo,
y, gracias á Dios, tenemos,
hasta en el morir pragmáticas:
¡para el villano la cuerda,
para los nobles el hacha!
—¿Quién ha sido el degollado?
—Don Diego Pérez de Vargas.
—¿Aquel que mató á su esposa?
—El mismo.—Por Dios, que es lástima
—Para mi colete tengo
que anduvo la ley errada,
que era su virtud tan grande
como su nobleza rancia.
—La justicia obró en justicia,
la ley es la ley, y basta,
que bien es que á hierro muera
todo aquel que á hierro mata.

Y mientras esto en un corro
del Mentidero pasaba,
un anciano repetía
escuchando aquella plática:
—¡Lástima me dan, por Cristo,
estas justicias humanas!
¿Qué remedio, qué corrige
unir la falta á la falta?
La ley de todas las leyes
está muy alta, muy alta;
allí el perdón es castigo,
la sangre allí no lo mancha...
¡Sólo donde Dios se asienta
no es la justicia venganza!

ANGEL R. CHÁVES.

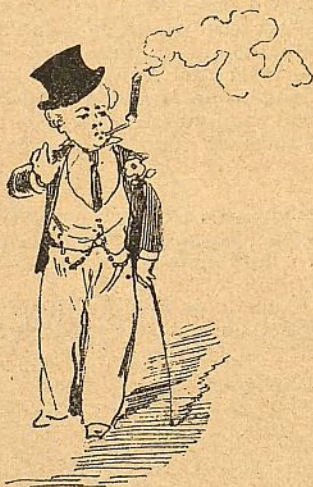
AYER



En los diez y nueve va,
creciendo un poco de prisa.
La barba le pica ya,
¡y aún no quiere su mamá
que se vaya sólo á misa!

HOY

POR PEREA



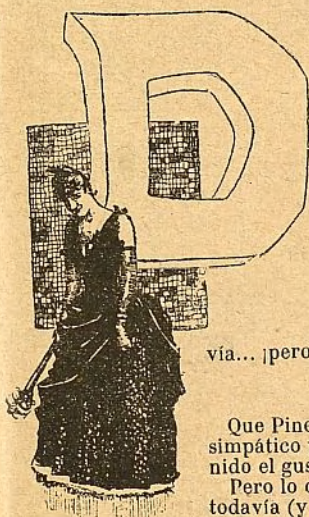
No hay polluela á quien no abrase
con sus ojos sandungueros,
ni pecho que no traspase.
¡Y no quieren que se case
contando siete Febreros!

MAÑANA



Solo andará, con tranca y chichonera
gritando sin cesar;
y no podrá el papá darle niñera...
¡por no escandalizar!

CHIRIGOTAS



De Alberto Llanas:

El parroquiano al dueño de un restaurant:

—Hombre, he notado con sorpresa...

—¿Qué?

—Que en su casa no se sirven mondadientes después de la comida.

—¡Oh! es que antes los servía... ¡pero se los llevaban todos!

Que Pinedo es un actor entendidísimo, simpático y laborioso como pocos, ya he tenido el gusto de decirselo á Vdes.

Pero lo que no he tenido el gusto de decir todavía (y he aquí que por eso lo digo), es que el viernes va á haber en el Tivoli un lleno asombroso. Porque ese día Pinedo celebra su beneficio.

Y yo iré, y tú irás, y ellos irán... ¡y todos iremos! Y el sábado nadie podrá trabajar en Barcelona.

Porque á fuerza de aplaudir ¡buenas se nos van á poner las manos á todos!



Las tres; no viene Arturo...
¡Pché! Me haré el cargo que he perdido un duro.

El capricho, ó juguete, ó extravagancia cómico-lírica *El capitán Lapalisse*, estrenado el sábado en el Eldorado, obtuvo un éxito lisonjero: lisonjero... y merecido.

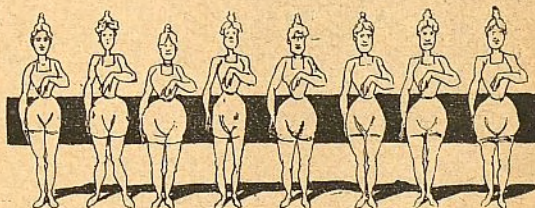
El argumento es ingenioso—¡ojalá lo hubieran sido tanto los esperpentos que hasta ahora lleva estrenados la compañía de Julian Romea!—los chistes excelentes y bien buscados y la obra en conjunto agrada y entretiene. Que es indudablemente lo que se propuso Molas y Casas, su autor.

Y sobre lo dicho, llena cada noche el teatro. Que es indudablemente lo que se propuso el empresario, Molas y Casas.

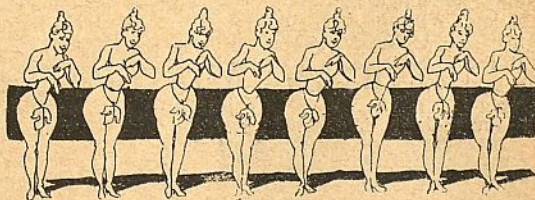
Por todo lo cual, felicito á Casas y Mol... digo, á Casas y Mal... digo á... En fin, que felicito á Molas

*que es ¡mireulo!
empresari y autor, tot d' una pessa.*

EL TEATRO DEL DIA, por PONS.



Coro de aplauso casi seguro.



Coro de aplauso segurísimo

EN LA VÍA PÚBLICA, por Pons.



—Señorito, una limosna para un pobre que tiene á su padre con las piernas baldadas y sin poder caminar.

—Bueno: ¿y dónde está tu padre?

—Pues... por ahí anda.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Los de siempre.—La verdad es que están Vds. cargados de razón. Y por eso y porque creo que así quedarán mejor... ¡las reformaremos, qué diablo!

C. A.—Barcelona.—No hay más que una ocasión ¡una sola! en que el buen catalán debe olvidar que lo es: cuando escribe en castellano.

M. R.—Barcelona.—Pues dígallo quien lo diga y empeñese quien se empeñe, decir

y fué á por agua la criada
es decir un solemnisimo disparate. Porque ni ese es un verso octosílabo bien medido, ni ir á por una cosa, está bien dicho en tierra de cristianos.

El abuelito.—¡Qué sonetos y qué aprietos y qué estilo tan premioso!
¡Oh, abuelito, dí á tus nietos que así no se hacen sonetos, que así se hace sólo... el oso!

J. A. M.—Valladolid.—Yo lo siento, caramba, porque se conoce que es Vd. laborioso y constante como pocos. Pero si la composición no lo merece, ¿cómo quiere Vd. que yo la admita?

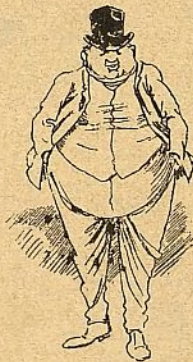
C. D.—Gijón.—Mire V.: dos es número par, número dígito, divisor de diez... todo, todo, menos consonante á temor.

La falta de espacio me impide, muy á pesar mío, decir por qué razones no son publicables las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los Sres. A. G., Demócrito, C. de la P., Un tranquil, D. R., K. Rabinero y C. G. (Barcelona)—M. M. (Teruel)—P. H. Z., Un hortera, N. M., Infundioso, M. P. y P. T. Nero (Madrid).—A. del V. (Valencia)—R. P. I. (Salamanca)—J. de T. (Sevilla) y A. P. M. (Valladolid).

CHARADAS SUI-GÉNERIS

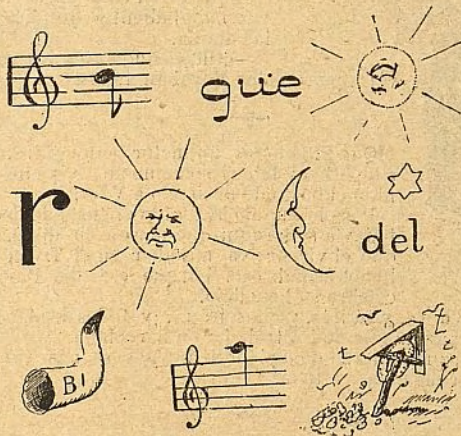
- 1.^a—Es letra y domina. TOTAL embiste.
- 2.^a—Quiere mucho y es extensión de terreno. TOTAL monta.
- 3.^a—No viene y es bebida. Es TOTAL todo hombre.

FRASE HECHA



Un hombre bien criado.

JEROGLÍFICO



(Las soluciones á los acertijos de este número se publicarán en el próximo.)

SOLUCIONES

á los acertijos del número pasado.

A LAS CHARADAS SUI GÉNERIS: 1.^a Andalúz.—2.^a Media.—3.^a Dario.

A LA FRASE HECHA: Cantarse por todo lo alto.

AL JEROGLÍFICO: Todos en el mundo son iguales.

Barcelona: Imp. de Pedro Ortega, Palau, 4.